

y sangre. Crecerá. Y no olvide Ud. que allá en la Argentina está el hombre destinado a guiarnos en el futuro. Búsquele, trátele; su nombre es Juan José Arévalo".

Hoy hago estos recuerdos al volver a leer *El Hombre y la encrucijada*, de Enrique Muñoz Meany, libro que revela en su autor una clara inteligencia de los problemas guatemaltecos y americanos. Este libro es una explicación de la labor de Enrique porque como dice certeramente el gran poeta Cardoza y Aragón: "En Muñoz Meany alienta un pensamiento vital y maduro, que se torna en acción homogénea y mesurada".

Aquí están contenidos los conceptos básicos de este gran luchador americano: Su fervor profundo por la libertad, la cultura y la justicia; su fe en las conquistas del derecho y de la democracia; ("América es ante todo y sobre todo, una conciencia jurídica y una pasión por la libertad"); en la integridad territorial de su continente; en la fuerza purificadora de la Universidad. Aquí está desnudo su odio por la tiranía, el imperialismo, el discrimen racial, el materialismo filosófico y social. Únicamente los títulos de sus ensayos principales nos señalan la orientación de su espíritu: *El Derecho Internacional americano al servicio de la libertad; Por la abolición del coloniaje en América; Defensa y preservación de la Democracia; Misión de la Universidad; La Prensa en la Revolución*.

Estos dos últimos ensayos son sencillamente la revelación de una nueva ideología hispanoamericana, la adaptación de las instituciones a nuestro ambiente, pasando por encima de la tradición y de los intereses creados. "Es preferible equivocarse con pasión, aunque la línea haya de ajustarse cien veces en el camino, que volverse fríamente de espaldas a la angustia contemporánea". ¡Qué fuerte lección de optimismo! Qué ejemplo para tanto intelectual pusilánime que en el momento de la lucha se encierra en su torre de marfil! Sí, es preferible equivocarse con pasión en América que endurecerse el alma y los ojos ante el espectáculo de opresión y miseria de nuestros pueblos. Esto lo saben los hombres buenos, los espíritus justos, los temperamentos nobles. Ni hace falta ser intelectual para elevarse sobre esa superficie carcomida de la observación objetiva cotidiana.

Aunque Muñoz Meany escribe con un raro aticismo su voz tiene a veces las vibraciones de los escritores más erizados de nuestra América: el tono airado de un Martí o de un Sarmiento, de las plumas de fuego.

Hoy he vuelto a leer *El Hombre y la encrucijada* para sentirme nuevamente en contacto con la personalidad múltiple de Muñoz Meany, como en aquella noche de agosto guatemalteca, llena de ilusiones y de estrellas. He querido recibir su noble pensamiento fecundante, su fina sensibilidad de poeta, sus brillantes ideas. Ahora slento su espíritu en íntima comunión con el mío, su ser incorpóreo, inefable; ahora que Muñoz Meany acaba de morir.

Berkeley, Calif. 1952.

Lo presento

(En Rep. Amer.)

Juventud impetuosa y gallarda la de este nuevo valor que surge con audaz originalidad en el ya apreciable campo de las letras costarricenses. Algo como la imagen sutil de un efebo de Walter Pater nos van dejando en el recuerdo los versos de *Ricardo Quesada*. Siempre personal en sus experiencias, en su actitud anímica nos sorprende la inspiración hedonística, la realización novedosa, la insospechada sugerencia.

*Para saltar solitarios entre rocas
y ser el espejo de las constelaciones*

(de *Tu y yo*)

Encuentro es un soliloquio. Sereno vuelo de imaginación que se adentra sigilosa por esos mundos azul-grisáceos del ensueño.

El espíritu asciende hasta él por peldaños de anhelante inquietud hasta que el ser amado se reintegra a lo cósmico.

*Y subí más alto!
Ya no estaba solo.
Ibamos, la noche, el cielo y Tú!*

La poesía es una mujer caprichosa y exigente que no se deja seducir por cobardes.

Pero si es epicúreo, fuerte y desbordante en sus versificaciones, en su prosa hay rebeldía y reflexiva observación, hay un cálido fondo humano que fluye a través de una prosa clara, sobria, bien labrada sobre la materia viva de un espíritu libre.

Los Chiles es un relato de transparencias realistas que implican un elevado ángulo de visión y en *Manuel* hace su aparición certera lo subjetivo, como un rico factor inteligente, de actitud extrovertida, generosa y simpatizante hacia las hombres con quienes se identifica en unidad el escritor.

Esta juventud constructiva, ardorosa y prometedora nutre y vivifica una nueva producción literaria que busca como un caudal impetuoso múltiples surcos para fluir hacia los océanos del ideal, verso, prosa, cuento y teatro.

Al presentarlo auguramos para este valioso espíritu talentoso e inquieto felices realizaciones, éxito y consagración.

Emilia PRIETO

San José, Costa Rica, 1952.

Gustavo Alemán Bolaños

SANDINO

el Libertador

Biografía del héroe americano

Ediciones del Caribe
Guatemala, C. A.

Precio: Dls. \$ 2.50

Con el autor: 1° A.N. N° 31,
Guatemala, C. A.

Con la Librería Española,
San José, Costa Rica.

Prosa y versos

de Ricardo QUESADA

(En el Rep. Amer.)

Los Chiles

(Frontera Norte)

La niebla milenaria que cubría la población fronteriza de Los Chiles, con la pereza típica de los que se levantan, empezó a disiparse despaciosamente.

Las márgenes del río se delinearón completamente. La quietud serena de los llanos inundados en enorme extensión y sólo interrumpida por unos pequeños islotes flotantes semejava un espejo magnífico donde se reflejaban enormes nubarrones del chubasco vecino.

En la lejanía se escuchaban los cantos destemplados de los papagayos. De pronto, aquel cuadro de paz quedó completamente transformado. Un pequeño bote se deslizaba río abajo. Las bandadas de garzas levantaron el vuelo; aquel batir de miles de alas parecía una oración en crescendo. En su vuelo escandaloso le siguieron loros y patos. En toda la extensión del llano inundado empezaron a formarse círculos concéntricos que al extenderse se destruyeron unos con otros. La magia del medio silencio quedó deshecha. Duró aquel vuelo atornador hasta que el pequeño bote después de un corto recorrido atracó en el muelle angosto y largo de Los Chiles. Algún vecino con curiosidad miró descuidadamente a su tripulante. Un mestizo —indio y blanco— bajo y musculoso. Metió sus pies dentro del agua y empezó a tirar del bote hasta tenerlo completamente fijo en el barro arcilloso que cubre toda la región.

Los Chiles, zona fronteriza, lugar de contrabando por excelencia, está situado en la parte Norte del territorio costarricense. Población pequeña en la que llueve día y noche cuando menos se espera. Tiene dos vías de comunicación. El avión que traslada hasta San José y el Río Frío que lleva a los caucheros hasta las selvas agrestes del Guatuso. Montañas vírgenes donde el hombre lucha por la vida como si fuera el sustento diario. Este mismo Río Frío traslada también hombres, mujeres, niños y granos en general hasta la población portañá de San Carlos de Nicaragua.

Las horas transcurren lentamente, una pereza colectiva se apodera de todos y hasta el barro que cubre las calles hace que la gente camine más despacio que de costumbre.

Los comisariatos abren sus puertas. La vida comienza en Los Chiles. El río que antes parecía el lugar reservado para garzas y patos es surcado por multitud de botecitos de los vecinos. Las madres lavan ropa mientras sus hijos se bañan con gran alboroto.

Así duró este cuadro monótono hasta el pitazo estruendoso del barco que nos habría de trasladar a San Carlos de Nicaragua. Los pasajeros corrieron llenos de paquetes hasta él. Los guardas fiscales se añadieron a la comitiva; ahí empezó un registro semiminucioso. Luego, uno que parecía el jefe dió una voz de mando.

—Todo en orden, pueden irse.

El motor del barquito sonó inmediatamente ahogando el comprendido de la tripulación y subalternos. Los guardas fisca-